

sion dependia del conocimiento de este hecho dogmático, ó de la respuesta á esta cuestion de hecho: ¿el sentido natural de los escritos de Teodoro, de Teodoreto y de Ibas, es herético? ¿es el sentido nestoriano? Este Concilio, tenido por ecuménico, ha decidido: luego la Iglesia tiene verdaderamente el derecho de infalibilidad en el conocimiento de los hechos dogmáticos, pues no puede decirse que tuviera la osadía de arrogárselo injustamente.

En Oriente, donde, como ya lo hemos observado, sola la obstinacion podia contradecir la autoridad del Concilio, se creyó que no se debía usar de ninguna indulgencia. Para aprobar las actas se reunieron todos los obispos de Palestina (1). Alejandro de Abila, único obispo que se atrevió á romper la unanimidad, fué depuesto del episcopado, y algunos años despues espiró en Constantinopla sepultado bajo las ruinas de un edificio en un terremoto. Los monges origenistas de la nueva laura de San Sabas no fueron mas dóciles á unas decisiones solicitadas tan vivamente por su corifeo Teodoro de Cesarea. Eustoquio, patriarca de Jerusalem, apeló por espacio de ocho meses á todos los medios de suavidad para atraerlos, y por último recurrió á la autoridad imperial, á fin de espulsarlos, no solo de este monasterio, sino tambien de toda la provincia, y en su laura puso ciento veinte monges de una fé pura y nada sospechosa.

Entre los occidentales reputáronse como inescusables aquellos africanos é ilirios que habian estado en Constantinopla en tiempo del Concilio, y todos los que por medio de estos, ó por otros conductos seguros habian podido informarse de las razones que patentizaban la legitimidad del Concilio. El diácono de Vigilio llamado Rústico, contra quien S. S. habia pronunciado senten-

(1) Tom. 3. Conc. Nicaen. II, act. I, pag. 83.

cia aun antes que el Concilio fallase, persistió firme despues en defender los tres capítulos, y aun osó escribir contra las decisiones de los Padres; entonces le desterraron á la Tebaida, con algunos otros cismáticos, en particular de la provincia de donde era natural, que era el Africa, donde abundaban en extremo. Por la misma razon se trató allí á muchos obispos con el último rigor. La moderacion que se empleó con los demas occidentales provenia de la distancia á que estaban del violento Justiniano.

Sin embargo, este emperador satisfecho de Vigilio, despues que aprobó los decretos de Constantinopla, le permitió regresar á Roma y le colmó de señaladas muestras de benevolencia. Otorgóle por un edicto formal muchos privilegios á favor de Italia, y para los romanos en particular la confirmacion de todas las donaciones hechas por los reyes de la estirpe de los godos. Emperero nunca quiso aprobar las que habia concedido Tótila, porque trataba de tirano á este principe. Mandó tambien en el mismo edicto imperial, que si llegaba á descubrir que algunas vírgenes, despues de consagradas á Dios, habian contraido matrimonio, se las obligase, sin atender á este vinculo ni á lo demas concerniente á la dote, á volver á sus monasterios ó á sus iglesias y á continuar en los santos institutos á que se habian consagrado.

Enfermó el Papa Vigilio á su regreso, y murió de agudos dolores de piedra en la misma isla de Sicilia, donde habia hecho desterrar y perecer á su santo predecesor Silverio. Pero antes de este fatal momento, y durante una gran parte de su pontificado, que fué de mas de diez y ocho años, tuvo bastantes motivos para reflexionar sobre el vacío de las grandezas del mundo y para hartarse de lágrimas y amargura en la eminencia de una dignidad, en la que las maldades

que le habia costado el conseguirla le habian hecho esperar una suerte muy distinta. Perseguido por el emperador y por la emperatriz, cuyo favor procurara adquirirse con tanto cuidado; hecho el blanco de los tiros de los obispos de Oriente, y en particular de los intrigantes impíos cuyas esperanzas habia fomentado en algun modo; despreciado de los grandes y del pueblo, de los buenos y de los malos, á causa de sus variaciones que alternativamente los consternaron; execrado de aquellos occidentales que pretendian defender uno de los mas santos Concilios sosteniendo los tres capítulos; combatido siempre de las mas violentas tempestades, cuando se vió en el puerto, y con un pie en la ansiada orilla por la que siete años que suspiraba, fué herido de los golpes de la muerte mas dolorosos y menos

esperados. Pero cuanto mas indignamente fué tratada en la persona de este Pontífice la dignidad pontificia, tanto mas ostensible se hizo la energía del carácter divino que se le habia conferido, no obstante la indignidad primitiva del sugeto, cuando Vigilio, objeto de la ira de Justiniano, resistió á la tiranía secular. Tan cierto es que la sociedad de los hijos de Dios no está erigida sobre los apoyos ruinosos de la carne y de la sangre, sino sobre el fundamento incontrastable de los Profetas y de los Apóstoles, sobre aquella piedra angular que tiene toda la inmutabilidad del Hijo del Eterno, el cual dirige por su misma mano el timon de su Iglesia, especialmente cuando los defectos de su Vicario hicieran peligrar la mística nave.

LIBRO VIGÉSIMO.

Desde el quinto Concilio celebrado en el año 553, hasta la muerte de San Gregorio el grande en el de 604.

Si la Iglesia romana jamás sufrió mayores oprobios que en la persona del Papa Vigilio, jamás tampoco los romanos se mostraron mas celosos de sostener la dignidad de la Silla apostólica que cuando se trató de dar sucesor á este Pontífice. Habiendo elegido el mayor número al diácono Pelagio, natural de Roma é hijo de un prefecto del pretorio, una multitud de gentes de probidad y de las mas distinguidas se separaron de su comunión, por haberse esparcido el rumor de que habiendo ganado la benevo-

lencia de Justiniano en vida del mismo Vigilio, habia sido cómplice de los malos tratamientos y de la muerte de este Papa. Temian tambien le faltase en la fé el grado de estabilidad necesario á un Sumo Pontífice, porque habia condenado los tres capítulos despues de haber sido su defensor. La desercion á causa de este celo precipitado fué tan grande en toda la Italia, que solo se hallaron á la consagracion del nuevo Papa los obispos de Perugia y Ferentino, siendo necesario asociarles un presbítero de Ostia

por segundo asistente. Sin embargo, Pelagio fué reconocido en Italia, tanto por la proteccion del patricio Narsés ó Narsétes, que el emperador habia enviado contra los godos, como por el modo convincente con que dispó las sospechas que se habian concebido contra él. Como se le acusaba sin pruebas, se justificó con juramento, y dispó de todo punto las preocupaciones esponiendo todo el orden de su conducta. Manifestó que siempre habia sido conforme con la de Vigilio: que al principio temió, como este Pontífice, perjudicar al Concilio de Calcedonia condenando los tres capitulos sin explicacion: que despues habia suscrito á la constitucion pontificia, y recibido en fin la última decision de su predecesor confirmatoria del quinto Concilio.

Pelagio no fué consagrado hasta el mes de abril de 555, tres meses despues de la muerte de Vigilio, siendo mas largas que antes las vacantes de la Santa Sede, despues de la última revolucion de Italia, á causa del influjo que los emperadores que residian tan lejos de Roma comenzaron á ejercer en la eleccion, ó á lo menos en la exaltacion de los Papas. Los reyes godos de Roma, y antes de ellos el de los hérules, se habian arrogado el derecho de confirmar los Pontífices, en lo cual nunca pensaran los soberanos del mundo en los tiempos mas felices del imperio. Justiniano, á fines de su reinado, es buena prueba de que los príncipes nunca ponen mas atencion en esta especie de objetos, que cuando su poder se ve mas vacilante ó peor administrados sus Estados:

Mientras que los negocios de la Iglesia ocupaban todas sus facultades, los del imperio se hallaban en el estado mas deplorable en Italia, donde gemian todos en medio del terror y de la confusion (1). Sus tropas

(1) Procop. lib. 1, cap. 3.

estaban sin pagar, y por consiguiente no observaban disciplina alguna: los subalternos no obedecian á sus gefes ni permanecian en el campo, sino que se derramaban licenciosamente por las ciudades. Los gefes mismos divididos en intereses y modos de pensar hacian otro tanto, unos en Rávena y otros en Roma, la cual en estas turbulencias mudó muchas veces de soberano. Muchos se alejaban hasta las ciudades mas distantes del centro de los negocios, segun los guiaba el capricho ó los atractivos de la diversion. Lo mas extraordinario fué el verse cobardía en algunos capitanes romanos; pero la mala conducta bastaba para arruinar todo su poder, y fueron derrotados en muchas acciones; en todas partes se entregaban las ciudades, y un ejército de socorro conducido de Oriente al mando de Demetrio, lugarteniente de Justiniano, fué completamente derrotado. Nápoles, sitiada é inútilmente socorrida, se rindió despues de haber sufrido todos los horrores del hambre.

El rey Tótila, tratado de tirano y de bárbaro por el emperador, quiso tambien tener sobre los romanos la ventaja de la humanidad, de la generosidad y de todas las virtudes mas contrarias á la barbarie. Luego que entró en la ciudad de Nápoles, hizo distribuir víveres á aquel pobre pueblo que moria de hambre, pero con la ternura y cuidado de un padre que consuela á sus hijos enfermos, y no con la ostentacion de un vencedor que solamente se ocupa en su gloria. Aunque su liberalidad era acompañada de magnificencia, las distribuciones se hacian con peso y medida: temiendo que despues de una abstinencia tan larga, la abundancia de comida ahogase á aquellos infelices que casi habian perdido el uso de comer. El rey suministró tambien dinero y carruages á los soldados de la guarnicion para que fuesen donde qui-

siesen, haciéndolos escoltar por sus tropas para que no les acaeciese ninguna desgracia. En todas partes observaban los godos una exacta disciplina, al paso que las legiones romanas llevaban por do quiera la desolacion; de suerte que los habitantes de las ciudades y del campo tenian mas que sufrir de los que se llamaban sus defensores que de sus enemigos. En la toma de Roma, de la cual algunas de las tropas de Oriente entregaron una puerta á Tótila, no derramó este la sangre de los ciudadanos, y conservó el honor de las mugeres, contentándose con las riquezas, de las cuales dejó la mejor parte á su tropa; pero este saqueo no dejó de sepultar aun á las personas mas distinguidas en una miseria tan grande, que las señoras de la primera calidad, y entre otras la viuda del célebre Boecio, se vieron reducidas á la triste necesidad de mendigar de puerta en puerta.

Hallándose el rey de los godos cerca del monte Casino, en el curso de sus victorias, pasó á visitar al ilustre San Benito, atraído por la fama divulgada entre los habitantes de las inmediaciones que le atribuian un don eminente de profecía (1). Para probar al profeta, se hizo anunciar de antemano, y le envió inmediatamente uno de sus oficiales llamado Rigon, despues de haber hecho que se adornase con su calzado y su púrpura real, y que le acompañasen tres señores que iban casi siempre al lado del rey, dándole escuderos y comitiva propia de un soberano. Habiendo Rigon entrado con esta pompa en el monasterio, San Benito que estaba sentado, le dijo, sin levantarse: *deja, hijo, el vestido que llevas, porque no te corresponde*. Al oír esto el oficial y todos los que le acompañaban, se postraron llenos de terror, sin atreverse á acercarse al Santo, y solo se levantaron pa-

(1) Procop. lib. 1, c. 3.

ra ir á dar noticia al rey de lo que acababa de suceder. Entonces fué Tótila en persona, y desde lo mas lejos que pudo ver al santo abad se postró tambien con respeto. Tres veces le mandó San Benito que se levantara, sin que se atreviese á hacerlo; hasta que el mismo Santo tuvo que levantarle. Hablóle entonces de sus obligaciones y de sus defectos con la libertad de un profeta, y despues de haberle anunciado sus conquistas y todos los sucesos mas notables de un reinado de nueve años enteros, añadió que moriria al décimo: lo que se cumplió puntualmente (1).

Penetrado el rey de un extremo terror se encomendó á sus oraciones, y despues se retiró en silencio. Se advirtió en lo restante de su vida que se habia aprovechado de las lecciones del Santo, el cual profetizó asimismo cuarenta años antes la destruccion de su propio monasterio por los paganos, es decir, por los lombardos, y que nadie pereceria en esta desgracia. Poseía en el mismo grado el don de milagros. Resucitó al hijo de un padre desconsolado, que le condujo muerto á las puertas del monasterio, protestando con juramento que no se iria de allí mientras su hijo no hubiese recobrado la vida.

Tenia Benito una hermana llamada Escolástica, prevenida como él con las bendiciones del cielo, y religiosa en un monasterio vecino. Visitábala una vez al año, pero no le recibia en el recinto de su monasterio, sino en un lugar destinado cerca de la puerta para recibir á los huéspedes. Un dia se hizo acompañar por muchos de sus discípulos, y despues de haberle pasado en las alabanzas divinas y en tratar de las cosas celestiales, tomaron juntos un corto alimento al caer de la tarde. Estando todavía sentados á la mesa y hablando el Santo

(1) Gregor. M. lib. 2 Dial. c. 14.

de retirarse, porque iba ya á anochecer: «yo os pido como una gracia, hermano mio, le dijo Escolástica, que no me dejéis esta noche, y que hablemos de la celestial felicidad hasta la mañana siguiente.» — «¿Qué decís, hermana mia, respondió Benito? No, no puedo ciertamente pasar la noche fuera del monasterio.» Escolástica, sin insistir, se inclinó sobre la mesa, y puestas las manos en el rostro, oró con efusion de lágrimas, y cuando se levantó, aunque poco antes el tiempo estaba perfectamente sereno, comenzó á tronar y relampaguear fuertemente, á lo que se siguió una lluvia de tempestad tan copiosa y con tal violencia, que ni el abad ni los monges pudieron salir del abrigo donde se hallaban. Así, pues, Benito se quedó allí á pesar suyo, prolongándose la piadosa conversacion hasta la mañana siguiente (1).

Pero esta era la última vez que se hablaban. Tres dias despues vió desde su monasterio al alma de Escolástica volar al cielo en figura de paloma. Dió gracias á Dios, envió á buscar el cuerpo y le enterró en el mismo sepulcro que tenia preparado para sí: mandando que se le colocase allí cuando el Señor dispusiese de su vida, lo que no tardó mucho. Tuvo revelacion de su muerte en el curso del año en que acaeció, y lo dijo á algunos de sus discípulos encargándoles el secreto. Seis dias antes mandó abrir el sepulcro, y en breve le acometió una fuerte calentura que fué creciendo de dia en dia, hasta que llegando el sesto, mandó que le condujesen á la iglesia, donde en manos de los discípulos que le sostenian recibió el cuerpo y sangre del Salvador; y despues, estando en oracion espiró, el sábado 21 de marzo de 543. Esta devocion de hacerse llevar á la iglesia para morir, se hizo despues re-

(1) Greg. M. lib. 2 Dial. c. 4.

comendable por otros muchos ejemplos.

Acercábase el momento de cumplirse el término de las victorias de Tótila; y ya el instrumento de los decretos del cielo, á pesar de muchas cualidades al parecer contrarias á su alto destino, se mostraba mas propio para cumplirlo que ningun romano. Narsés, eunuco estrangero ó mas bien enemigo natural del imperio, pues era persa de nacion, habiéndose alistado en las tropas romanas en la primer batalla que su nacion perdió contra ellas, llegó hasta ser cónsul y patricio. El concepto que se tenia de su pericia militar era tan grande, que el emperador no halló otro hombre que fuese capaz de restablecer los negocios del imperio en Italia, donde estaban casi enteramente arruinados. Justiniano, á quien un revés tan terrible habia sacado de su letargo, envió este general para repararle. Era preciso contar con prodigios; pero el destino de este famoso eunuco era el de reunir las cualidades y ejecutar las hazañas mas extraordinarias. A los talentos mas brillantes juntaba una fidelidad por entonces muy grande, y que no cedió bajo el reinado siguiente sino á la desgracia mas injuriosa. Su amor estremado á la justicia y á la disciplina, no permitia el menor desórden en su ejército. Sobre todo se admiraba en él una piedad sincera, que habiendo sido el principio de su adhesion á los romanos, fué el alma de todas sus virtudes. Su confianza en Dios y el fervor de su fé habian llegado á aquel grado que obra maravillas; y esto mas que su capacidad natural, aunque era tan eminente, fué la causa de sus asombrosas victorias.

Nada pudo resistir á este grande hombre. El imperio no conservaba ya sobre el mar Adriático mas que la sola ciudad de Ancona, y aun esta sitiada y estrechada tan vivamente que se veia á punto de rendirse; pero pronto se vió libre, del mis-

mo modo que las pocas plazas romanas que se conservaban en otras partes. Los enemigos comenzaron muy pronto á temer la pérdida de las suyas, de las cuales cada dia les quitaba Narsés alguna. Diferentes combates debilitaban tambien diariamente sus ejércitos, y los romanos adelantaban sus conquistas por el terror que inspiraba el nombre de Narsés. Finalmente, despues de algunos años, y en el tiempo señalado por el órgano del cielo, halló el secreto de empeñar una accion decisiva, en la cual el rey Tótila pereció con lo mas escogido de sus tropas. Teyas, que se atrevió á subir á un trono tan vacilante, dió una nueva batalla en la que tambien se hizo quitar la vida el año 553. Despues de lo cual no quedaron mas soldados godos que para defender, ó mas bien para ocupar á Pavia y algunas fortalezas que se sostuvieron cerca de un año por la ventaja de su situacion, y despues fueron tomadas por hambre. De esta suerte acabó la monarquia de los ostrogodos en la Italia, la que pronto veremos invadida de nuevo por otros bárbaros.

El Papa Pelagio, para reprimir á los adversarios cismáticos y turbulentos del quinto Concilio, se aprovechó ventajosamente de la autoridad de Narsés que no tenia menos celo por los intereses de la Iglesia que por los del imperio. Se dice que este piadoso general habia exhortado en otro tiempo al emperador á que tratase mejor al último Papa, y que con esta condicion le habia hecho esperar del cielo las admirables victorias que acompañaron á sus armas. Aunque se mostraba tan exacto en sostener el órden y la autoridad, era tal la dulzura de su carácter y la delicadeza de su conciencia, que temia siempre escederse tal vez contra la Religion cuando se trataba de usar de rigor por defenderla. Pelagio se vió obligado á escribirle para desvanecer sus escrúpulos,

«No hagais caso, le dice (1), de los vanos discursos de los que representan la conducta de la Iglesia como una persecucion cuando corrije á los malos y les impide perder á los buenos. No hay persecucion sino cuando el rigor escede los justos límites y se dirige á hacer mal, pues de otro modo seria necesario abolir todas las leyes divinas y humanas que imponen penas á los delitos. Que el cisma sea un mal, y deba ser reprimido aun por la potestad secular, nos lo enseñan la Escritura y los cánones. Ahora pues, cualquiera que vive separado del cuerpo del apostolado es incontestablemente cismático. No temais, pues, enviar al emperador, bajo de buena custodia como os lo hemos pedido, á los que turban el órden gerárquico. ¿Habeis acaso olvidado lo que el cielo hizo por vos, cuando el tirano Tótila poseia la Istria y la Venecia? ¿Por qué, pues, permitís que los obispos de estas provincias, asi como los de la Liguria, insulten á la Santa Sede con una arrogancia intolerable? Si os deteneis por escrúpulo y por recelo de ser tenido por perseguidor, traed á la memoria los cánones de Calcedonia y los principios del bienaventurado obispo de Hipona, y otros mil ejemplos y mil constituciones que demuestran que las potestades deben castigar á los cismáticos, no sólo con el destierro, sino tambien con la confiscacion de bienes y con estrechas prisiones. Si quedaba algun escrúpulo á estos obispos acerca del fallo de la Iglesia universal pronunciado en Constantinopla estos últimos años, debian, conforme á la costumbre, enviarnos algunos de ellos capaces de proponer sus razones y de entender las nuestras, y no esponerse al peligro, cerrando los ojos á la luz, de despedazar la Iglesia que es el cuerpo de Jesucristo (2). Este es un atentado, y nunca fué ni será permitido tener un Concilio particular para examinar un Concilio general. Pero si se suscita alguna duda sobre un objeto tan importante, los que buscan el camino de la salud deben pedir á la Silla apostólica la razon de lo que no comprenden; y los que se

(1) P. Pelag. Epist. 3.

(2) Fragm. 2 et 3.